SANTANDER EN LA BIOGRAFIA Y BIBLIOGRAFIA DE GALDOS

Un día del verano de 1871, don José María de Pereda, que ya vivía *en olor de popularidad,* esperaba a un amigo suyo en el vestíbulo de la fonda de la calle de Atarazanas (probablemente la *Europa,* de Haristoy Bertrand, regentada por Carlos Fourneaux), y la curiosidad le hizo echar un vistazo a la lista de huéspedes, quedando muy sorprendido ante este nombre: Benito Pérez Galdós. El propio Pereda contaría, en carta dirigida a *Clarín,* cómo se produjo el encuentro que iba a establecer una de las amistadas más sólidas entre dos españoles hombres de letras: «Con ánimo de visitarle —escribió el novelista montañés—, pregunté por él inmediatamente a un camarero que pasaba.— Ahí le tiene usted, me respondió, señalándome a un joven vestido de luto que salía del comedor. Me hice cruces mentalmente porque no podía imaginarme yo que tuviera menos de cuarenta años un hombre que firmaba Pérez Galdós, y, además, Benito, y que además hablaba de los tiempos de don Ramón de la Cruz y de la *Fontana de Oro* como si los hubiera conocido. Yo tenía entonces treinta y ocho años».

Muy repetidas, en biografías y estudios, han sido la escena y las consecuencias del encuentro. También es harto conocido que el motivo inductor en Galdós a visitar Santander, fue la lectura de las *Escenas montañesas* y de *Tipos y paisajes.* Atracción de la que quedó constancia, los años pasando, en el bello prólogo a *El sabor de la tierruca.*

Galdós gozaba ya del prestigio conferido por dos novelas *(La Fontana de Oro* y *El audaz)* y un cuento *(La sombra).* Contaba veintiséis años. Pereda podía muy bien asombrarse de que un hombre, a esa edad, pudiera haber escrito las páginas de *La Fontana* como si hubiese vivido los tiempos agitados del Madrid romántico y conocido a sus tipos revolucionarios.

Faltóle tiempo a Pereda para tender puentes de amistad con Galdós. En el fondo, en aquellos momentos, era natural vanagloria al saber que el joven escritor canario le había leído e influído en su ánimo al punto de llevarle a comprobar sobre el terreno la realidad de un ambiente pintoresco del que el mundo comenzaba a saber por el costumbrista. Y a éste le urgió también la necesidad de que Galdós fuese conocido en persona por los contertulios de la Guantería y especialmente por Amós de Escalante.

Todos ellos se desvivieron por agasajarle y atraerle hacia la simpatía por Santander. Según Casalduero, Galdós era por entonces como el propio novelista describe al Pepe Rey de *Doña Perfecta,* en el que el crítico señala su trasunto físico y sicológico: «Era de complexión fuerte y un tanto hercúlea, con rara perfección formado y tan arrogante que si llevara uniforme militar, ofrecería el más guerrero aspecto y talla que puede imaginarse... No era de los más habladores. El profundo sentido moral de aquel insigne joven le hacía muy sobrio de palabras en las disputas, pero en la conversación urbana sabía demostrar una elocuencia picante y discreta, emanada siempre del buen sentido y de la apreciación mesurada y justa de las cosas del mundo...» Un sujeto de estas cualidades, era natural que se ganase de inmediato las voluntades de los hombres prudentes, y así los peredianos comenzaron a estimarle y a admirarle.

UN PERSONAJE SINGULAR

Aunque a la sazón, Galdós no hubiese establecido el propósito firme de escribir los *Episodios Nacionales,* hurgábale la comezón de iniciar una serie de novelas históricas, y algo de ello debió trascender entre los nuevos amigos santanderinos, pues Amós de Escalante le dio una noticia que le dejó atónito: en Santander vivía el último superviviente de la batalla de Trafalgar.

Sabemos, por las *Memorias* dictadas por Galdós en los años de orfandad de sus ojos, que al día siguiente de conocer tan extaordinaria novedad, Escalante le presentó en la Plazuela de Pombo «a un viejecito muy simpático, de corta estatura, con levita y chistera anticuadas; se apellidaba Galán y había sido grumete en el gigantesco navío

Santísima Trinidad. Los pormenores de la vida marinera en paz y en guerra que me contó aquel buen señor, no debo repetirlos ahora...»

En efecto, el singular personaje era popular en el Santander de entonces entre la gente de mar. Entre las notas manuscritas sobre *Noticias para la historia de la provincia de Santander,* que se conservan en la colección Pedraja (Sección de Fondos Modernos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo), Gervasio Eguaras dejó consignado que don Pedro Galán, calafate, que había asistido a la batalla de Trafalgar, era gallego, de El Ferrol, donde nació el año 1789. Participó el año 1810 en una expedición naval desde La Coruña a Santoña en el intento de arrebatar a los franceses la plaza fortificada montañesa. Galán iba enrolado en la tripulación de la fragata *La Magdalena,* que transportaba 700 hombres. Una tempestad dispersó, a la altura de Vivero, al convoy armado, y la fragata se hundió, salvándose solamente diez hombres, entre ellos Galán. Al término de la guerra de la Independencia, el año 1813, se estableció en Santander cómo carpintero de ribera.

Tuvo Galdós, por lo tanto, una excelente información de primera mano acerca de los pormenores de la vida marinera en paz y en guerra sobre los que trazó la armadura del tomo inaugural de los *Episodios, (Trafalgar),* firmado en enero-febrero de 1873. Cuanto Gabrielillo dice y todos los detalles de la vida a bordo del *Santísima Trinidad,* hasta la jerga marinera que tanto contribuye a ambientar las escenas que culminan en la rota naval franco-española frente a Nelson, fueron consecuencia de los relatos que aquel viejecito de ochenta y dos años le hiciera en las tardes santanderinas y que indudablemente contribuyeron a aumentar las impaciencias de Galdós para iniciar el ciclo de las novelas históricas.

COMIENZAN LAS ESTANCIAS SANTANDERINAS

Es muy posible que este hecho influyera, también, en el aumento de la afición que por Santander empezó a despertarse en el novelista a través del primer contacto con los literatos montañeses pues, a partir de entonces, raro fue el verano que no sustituyera la vida atrafagada de Madrid por un descanso fecundo en la capital cántabra. En los

periódicos locales se encuentran frecuentes noticias de las estancias de Galdós en Santander, de sus trabajos y sus planes, con pormenores pertenecientes a la biografía galdosiana. Por ellos queda establecido que el escritor había echado el ancla de sus afectos en esta orilla marinera, y que comenzaba a acariciar la idea de avencindarse en ella, ensueños realizados en los años de plenitud de su fama, cuando ya no le agobiaban las exigencias inmediatas de una existencia transcurrida entre notorias estrecheces económicas.

El año 1872 pasó una larga temporada en Santander, entregado a la preparación de los *Episodios*. Con toda seguridad, el verano de ese año presenció la entrada, en la capital montañesa, de don Amadeo de Saboya, en una recepción de frialdad oficial. Publicados los tres primeros tomos de la primera serie, se acogió a la apacibilidad provinciana de un Santander al que apenas si llegaban las salpicaduras de los graves acontecimientos políticos y sociales que se sucedían en otras regiones españolas. Porque en Santander, la república federal proclamada en febrero de 1873, no fue más que un episodio intrascendente, reducido a un cambio de Ayuntamiento y a unos manifiestos del Comité Federal, cuyo primer acuerdo fue «dirigirse al Presidente de la Asamblea Nacional haciendo protestas de adhesión y participando que el pueblo santanderino ha recibido la noticia de la declaración de la república, recorriendo entusiasmado las calles al grito de Viva la República federal, cuya forma vería el Ayuntamiento con gusto que se estableciese». Estas expansiones verbalistas y la constitución de una fuerza ciudadana armada, más el inevitable cambio en la denominación de algunas calles y plazas, fueron los únicos capítulos grises frente a los coloreados con tintas sangrientas escritos en otras parcelas del ámbito español.

Esa apacibilidad, el risueño paisaje sedante para un espíritu como el de Galdós; la franca acogida que siempre le dispensaban Pereda y su cortejo, le inducían a ampliar cada vez más sus estancias estivales.

Entre la publicación de *El 19 de Marzo y El 2 de mayo* y *Bailén* transcurre el verano de 1873. En el invierno y la primavera de 1874, firma en Madrid *Napoleón en Chamartín, Zaragoza* y *Gerona. Cádiz,* que le sigue, está fechado en setiembre-octubre del mismo año. Desde entonces, conviene notarlo, empieza a precisar la fecha de sus obras en Madrid o en Santander. Las de Madrid corresponden a los inviernos y

primaveras. Cuando lo hace en Santander, corresponden a los veranos y otoños.

En *El Aviso,* correspondiente al 8 de agosto de 1874, puede leerse esta gacetilla: «El reputado escritor señor Pérez Galdós, que se halla en esta ciudad donde, como el año anterior, pasará una larga temporada, sigue realizando con mayor lucimiento cada vez, la empresa que se propuso de reseñar bajo la forma y el atractivo de la novela, la gloriosa guerra de la Independencia española. Siete tomos lleva ya publicados de sus *Episodios Nacionales,* tratando en el último de la gloriosa Gerona».

Entre *El equipaje del rey José y Memorias de un cortesano de 1815* (año 1875), transcurre su veraneo en Santander. Al año siguiente, invitado por Pereda, hace con éste y otros amigos un recorrido por la Montaña, del que salen *Cuarenta leguas por Cantabria,* que habría de publicar *La Tertulia* (la revista santanderina de Mazón), en julio de 1877.

Entre noviembre y diciembre de 1879, escribe en la fonda santanderina, *Un faccioso más y algunos frailes menos.* Es la primera novela que fecha en la capital cantábrica. Galdós había hecho este año una estadía muy prolongada, permaneciendo desde el mes de junio al 19 de enero de 1880. Ese día hizo el viaje a Madrid, en el tren correo del Norte, llevando como compañero a Pereda. «Parece —señala un periódico— que este viaje tiene por objeto publicar, el primero, el último tomo de la novela *Un faccioso más y algunos frailes menos,* que Galdós ha escrito en esta capital. El señor Pereda, según nos aseguran, lleva también originales para una nueva publicación».

Las cuartillas que Pereda llevaba a su editor en la Corte eran las de *De tal palo tal astilla.*

POLEMISTAS Y AMIGOS

Indudablemente, esta circunstancia es una revelación más de la lealísima postura de aquellos dos hombres, que aun en la pública exposición de sus disentimientos ideológicos, de franco antagonismo, se comportaban con caballerosidad. El episodio de la *Gloria* galdosiana y su refutación por *De tal palo tal astilla,* es una página de extraordina-

ria belleza. Por la correspondencia entre Pereda y Galdós —publicada por D. José M.ª de Cossío [1]— sabemos con cuánta alteza de miras se juzgaban mutuamente cuando de cuestiones religiosas se trata: «Hablemos ahora de *Gloria,* pues que la ocasión se presenta y usted lo desea; hablemos mano a mano, pero con esa franqueza que yo no puedo disimular...», decía Pereda en su primera carta, con un análisis bellísimo de la tesis propuesta por Galdós en su novela. Esa franqueza, en los primeros años de trato personal, fue la tónica de sus relaciones de amistad, y la que movió a Pereda a la refutación de la obra galdosiana por medio de *De tal palo tal astilla,* según es sabido. Pero lo realmente curioso, y digno de ser consignado, es que la réplica perediana fuese conocida por Galdós muy previamente, haciendo las cuartillas el viaje juntas con las de *Un faccioso más...,* según va apuntado.

Un detalle, que ningún biógrafo galdosiano ha citado, y en el que tenemos que ver la influencia de su amor por Santander en el novelista, lo hallamos en una sencilla gacetilla perdida entre el centón de las que los periódicos locales publicaban el año 1880: «Anteayer —se lee en *El Aviso*— regresó a esta ciudad procedente de Canarias, donde ha estado disfrutando de la licencia, el brigadier gobernador de esta plaza, don Ignacio Pérez Galdós». Valga el dato como justificación de las sólidas relaciones que el novelista había arraigado en la capital de la Montaña.

Terminados los dos tomos de *El doctor Centeno,* Galdós embarca, un día del verano de 1883, en Santander para Inglaterra, donde le esperaba su amigo D. José Alcalá Galiano, cónsul español en New Castle on Tyne, «quien le acompañará ya en cuantas sucesivas escapadas estivales haga por Europa» [2].

VIAJES A PORTUGAL, ITALIA E INGLATERRA

A finales del verano de 1886, es decir, abriendo un compás de espera entre los cuatro tomos de *Fortunata y Jacinta,* Galdós hace su

(1) *La obra literaria de Pereda. Su historia y su crítica.* Santander, 1934, y *Pereda,* en la *Antología de Escritores y Artistas Montañeses,* Santander, 1959.

(2) Sáinz de Robles, F. *Introducción* a las *Obras completas de Galdós.*— M. Aguilar. Editor.—Madrid, 1945.

viaje a Portugal acompañado por Pereda. Este, al informar a *Clarin* acerca de algunos detalles biográficos del novelista canario, escribía: «Todos los veranos nos vemos aquí, en Santander. En algunos de ellos me ha proporcionado el regaladísimo placer de pasar conmigo unos días en Polanco».

En el viaje por Portugal, les acompañó «un rico comerciante santanderino». Iban, en frase de *Clarin,* como dos «comisionistas, siguiendo adelante sin ser vistos ni oídos».

Nada más terminar *Fortunata y Jacinta,* Galdós vuelve a embarcar en el muelle santanderino para Liverpool, reuniéndose en Londres con Alcalá Galiano para hacer juntos el periplo italiano.

De las excursiones, del brazo de Pereda siempre, por los valles montañeses, Galdós concibió su *Marianela* (durante el verano de 1877). Puesto en comunicación directa con el paisaje montañés, sitúa a su heroína en el pueblo de Cartes *(Socartes* en la novela), centro minero entonces en período de florecimiento. La infortunada muchacha —en la Montaña, el nombre de Nela es muy corriente entre la población campesina—, aunque hija de la imaginación del escritor, halló el modelo en una aldeana de aquel pueblo; y aunque la novela es de fuerte sabor rural, rehuyó hacer localismo.

De las estancias veraniegas de 1887 y 1888, no hemos hallado ninguna referencia. Pero en 1889, Galdós terminada la novela *Realidad,* está en Santander en el mes de julio. Aprovechan sus amigos la ocasión para nombrarle, por aclamación, socio de mérito de la Real Sociedad Cantábrica de Amigos del País, y en el mes de agosto, al mismo tiempo que los diarios locales daban la noticia del fallecimiento en la Habana del propietario don Sebastián Pérez Galdós, hermano del novetista, anunciaban la salida de éste, embarcado, para Inglaterra, donde iba a realizar su sueño de visitar los lugares de Shakespeare.

SAN QUINTÍN. UN BANQUETE

El año 1890 señala un momento trascendental en la vida de Galdós. Antes de que brotaran los primeros verdes tiernos en la Montaña, el novelista se hallaba en Santander, donde comienza a escribir el primero de los tres tomos de *Angel Guerra.* Fue larga la estancia. Galdós

había tomado ya el decidido propósito de avecindarse en la capital montañesa, haciendo realidad un antiguo sueño: construir un hotelito frente a la bahía. Transcurren los meses estivales entre los trámites administrativos para conseguir del Ayuntamiento la autorización para cerrar una finca por él comprada en el camino de Miranda al Paseo del Cañón, en el Sardinero. Este camino había sido abierto el año 1878, cuando fue aprobado de real orden el expediente con el convenio celebrado al respecto con el Marqués de Robrero. La nueva vía urbana atravesaba la finca de La Alfonsina, rescatada por la Diputación provincial y el Ayuntamiento de Santander, pues le habían sido regalados a Isabel II y al destronamiento de ésta, reivindicaron sus derechos las dos Corporaciones. Después de la restauración hubo ofrecimientos, por parte de algunos propietarios de aquellos terrenos, para brindárselos a Alfonso XII, con el fin de que allí construyese su residencia de verano, propósito que no llegó a realizarse.

Galdós comenzó inmediatamente la construcción de su chalet. De las entrevistas tenidas con el arquitecto don Casimiro Pérez de la Riva, a quien don Benito le apuntaba instrucciones, incluso dibujadas por él mismo, resultó la residencia, encaramada en la eminencia desde la que se atalaya el sorprendente panorama de la bahía y del Sardinero. Entonces eran muy contadas las edificaciones existentes en aquel lugar de privilegio, que estaba llamado a ser una zona residencial veraniega y que poco a poco fue creándose desde el alto de Miranda hasta la Ensenada del Camello.

Sus amigos de Santander consideraron llegado el momento de ofrecer su homenaje a quien consideraban ya como convecino, y fue el éxito de *La loca de la casa* (unido a la terminación del chalet) la ocasión propicia. De un lado, Estrañi, por el periódico *La Voz Montañesa*, y de otro, Pereda y los de *Las Catacumbas*, expusieron su deseo. Hubo negociaciones entre los dos grupos para despojar de la más leve intención política el homenaje y al fin llegaron al acuerdo que el anónimo autor de una sección de *El Atlántico*, denominada *Buñolería nacional*, comentaba en solfa en los primeros días de enero de 1893:

> Yo de Galdós el triunfo creo
> aunque pretendan ajustarle a tasa
> las "criticosas", que indignado leo,
> locas contra "la loca de la casa".

En gloria de su gloria compañera
que mientras haya idioma no caduca,
ya Pereda organiza una *puchera*
que llevando *el sabor de la tierruca,*
grata en incienso y en sustancia rica,
exhale, en un banquete, de su entraña,
honra y cariño de la patria chica
al genio admirador de la Montaña.

Este banquete y el que Estrañi idea
creo que desde hoy son uno solo;
y así el entusiasmo un solo sea
"desde el helado hasta el ardiente polo".

Ante Pereda, la sartén inclino;
pero al de Estrañi unido el propio anhelo
para honrar a Galdós, le ofrezco fino
una boca, unas perras... y un buñuelo.

En realidad, el acuerdo total entre los dos grupos —el de los periodistas y el perediano— no llegó a concertarse hasta el día 5 de marzo del mismo año. y *El Atlántico* daba la noticia en esta forma: «Motivos que la prensa debe atender desde luego por cuanto se referían a banquetes con que (el primero por el señor Pereda y el segundo por la prensa de Santander) se trataba de festejar al ilustre autor de *Los Episodios Nacionales.* Así se resolvió de acuerdo con el señor Pérez Galdós y nuestro gran novelista montañés, en quien, con la respetuosa deferencia debida, la comisión de la Prensa ha resignado la organización del banquete que en honor de aquél se habrá de celebrar dentro de pocos días. Con este objeto, después de haberse recibido las aludidas y delicadas indicaciones y de haber acordado refundir los dos banquetes, visitó ayer la comisión al señor Pereda para manifestarle que el objeto de los periodistas se cumplía igualmente estando asociados al tributo de admiración y cariño que nuestro ilustre paisano, de acuerdo con algunos íntimos, habia proyectado precisamente cuando por la iniciativa de nuestro compañero, señor Estrañí, manifestaba la prensa de Santander análogo propósito».

Efectivamente, el banquete se celebra el día 9 del mismo mes. A mediodía, la comisión compuesta por Pereda, Estrañi y A. Gutiérrez Cueto, se persona en casa de Galdós para recogerle en el coche del novelista montañés y llevarle al Hotel del Muelle donde esperaba el resto

del grupo de amigos cuyos nombres recogió la crónica: Alcalde, Lavín Casalís; Amós de Escalante, Fernando Lavín, Enrique G. Cueto, Juan Pelayo España, José María Quintanilla, Antonio Echánove, Sinforoso Quintanilla, José Estrañi, Enrique Menéndez, Adolfo de la Fuente, Domingo Cuevas, José Ferrer, Manuel Martínez Conde, Antonio G. Cueto, Antonio Villatorre, Albino A. Madrazo, Telesforo Martínez, Aurelio Revilla, G. Naveda, Carlos Pombo, Rogelio Delgado, Federico Vial, Antonio Mazarrasa, José Zumelzu, Evaristo R. de Bedia, Eduardo González, Antonio Pérez Eizaguirre, Sotero Roiz, Víctor Luna y Atilano Lamera.

En el centro de la mesa presidencial habia dos grandes ramilletes de flores en cuyos remates formaban cascadas de cintas de colores, en las que aparecían impresos, en unas, los títulos de las novelas, y en otras, las de las obras dramáticas galdosianas.

Por apéndice se reproducen los discursos de Pereda —*Va de cuento*— ofreciendo el homenaje, y el de Galdós. Ambos los leyeron porque, como dijo *Clarín,* ni uno ni otro «son capaces de pronunciar cuatro palabras en público; no por las palabras, sino por el público» 1.

El banquete dio lugar a una áspera polémica con el periódico *La Atalaya.* En el epistolario de Menéndez Pelayo con Pereda puede leerse el juicio que a ambos mereció la evidente tergiversación que de tal homenaje, de carácter estrictamente literario, hizo el diario santanderino aludido.

PRIMERA OBRA EN «SAN QUINTÍN»: «LA LOCA DE LA CASA»

Mucho se había comentado en Madrid la decisión de Galdós de construir su casa en Santander. Entre esos comentarios causó cierta impresión el de doña Emilia Pardo Bazán, titulado *El estudio de Galdós en Madrid* 2, con una relación de muchos de los objetos artísticos y recuerdos sentimentales que el novelista se proponía trasladar a su flamante residencia de la Magdalena. «Este interesante rincón —escribía la condesa, refiriéndose al estudio de Madrid— va a desaparecer de

(1) Véase apéndice n.º 1.

(2) Recogido en *Polémicas y estudios literarios.*

la Corte española. Galdós, en lo sucesivo, trabajará en Santander y vendrá a Madrid a observar, distraerse y reposar de su abrumadora tarea. En Madrid libará y cargado con su botín volará a las orillas del Cantábrico a transformarlo en miel».

Las predicciones de doña Emilia se cumplieron al pie de la letra. El traslado definitivo lo hizo Galdós para los primeros días del año 1893. Para el novelista fueron unos meses de entusiasta entrega a la gran novedad de su vida, con lo que, además, olvidó la poca fortuna del estreno de su drama *Gerona,* en el que había puesto muchas ilusiones animado por el éxito de *La loca de la casa,* estrenado veinte días antes. «De este fracaso —ha escrito el señor Sáinz de Robles— se consoló don Benito refugiándose con su hermana Carmen (a la que llamaban la madre) y su sobrino Pepe (José Hurtado de Mendoza) en la casa que acababan de construirle en el Sardinero... Como chico con zapatos nuevos recorríale Galdós y como el gran general que dispone la posición de las fuerzas con ademanes olímpicos, iba señalando dónde y cómo colocaríanse allí sus volúmenes amados, sus atriles y su mesa de trabajo, el archivo de cartas famosas en las que se hallaba contenida la historia literaria de España durante treinta años; sus dibujos...» etc. [1]

La loca de la casa fue escrita en su «palaciete», como le llamaban los santanderinos, durante el otoño de 1892. Fue la primera obra que salió de su flamante telar.

Ya instalado se entrega con verdadero frenesí a la producción literaria. Era para él un gozo la absoluta independencia en la que trabajaba, olvidado de Madrid y de la política. Se encontraba feliz en aquel ambiente y con un régimen de vida que le permitía escribir sin interrupciones y sin impaciencias, dedicado enteramente a su obra y a su existencia de dorada medianía burguesa. No hay información sobre que interviniese, tampoco, en las cosas locales santanderinas, y solamente las visitas literarias le procuraban alguna atención. No le faltaron, sin embargo, contertulios políticos de la reducida esfera provinciana, antiguos progresistas, demócratas y republicanos, de alguno de los cuales (Estrañi) recibió pruebas de constante lealtad hasta el último año de su estancia en «San Quintín».

«Recorría —dice Sáinz de Robles— la galería abierta en la planta baja que comunicaba con la huerta y en cuyo tejaroz ya oteó un nido

(1) Sáinz de Robles, ob. cit.

de golondrinas. Paseando por el andén enlosado que iba a lo largo de la tapia del huerto, cavando la tierra, plantando frutales, a los que iba dando el nombre de cada una de sus obras: y así había un manzano *Angel Guerra,* un peral *Zaragoza,* una higuera *Doña Perfecta,* un guindo *Miau...*» Estas aficiones hortelanas de Galdós fueron «leit motiv» de no pocos artículos que escritores y periodistas publicaron para centrar la personalidad sencilla y muy humana del novelista, que se perfilaba en su silencioso retiro, abierto a la belleza de un paisaje en el que saciaba sus ansias de quietud y de laborioso reposo.

La condesa de Pardo Bazán habría de insistir en este aspecto que después ocupó como comentario central y reiterativo las impresiones de Ruiz Contreras en su visita a «San Quintín», la «morada silenciosa y apacible, en los meses de agosto y setiembre de 1895: Galdós madruga y su primera obligación es bajar al jardín. Los conejitos y las gallinas aguardan que les ofrezca su almuerzo. Luego recorre a pasos lentos el jardín observándolo todo, planta por planta, hoja por hoja...».

Esta visión galdosiana es la que quedó como estereotipada en el recuerdo de los santanderinos que desde el tren de Gandarillas, corretón y paralelo a la pared del sur de la finca, tenían la impresión de un Galdós hortelano, vagante por su huerto, o indolentemente sesteante en una hamaca a la sombra de un pino. Otras veces haciendo tertulia con escritores, con actores y con sus amigos políticos de la localidad, para quienes la figura del novelista era, más que la de un artista, una especie de santón ultrabiberal.

La finca no tenía nombre todavía. Era el «palaciete» que según *Pedro Sánchez* picaba la curiosidad de doña Emilia Pardo Bazán. Galdós no había decidido aún, pasado un año de la inauguración, bautizar su residencia. La anécdota de este «bautizo» la relata el Sr. Sáinz de Robles en su obra citada, poniendo como protagonista y autor de la idea, a un coronel Aroca, del grupo de tertulianos políticos indígenas, y de la mayor intimidad del novelista. Hallábase éste, una mañana escribiendo en el jardín cuando llegó el coronel, a cuyas preguntas contestó diciendo que se había atascado en la mitad de la escena de una comedia.

—¿Con título ya?

—Si. *La de San Quintín.*

—Me gusta.

—Y a mi.

El coronel no dijo más y se marchó. Regresó al cabo de dos horas «para suplicar a Galdós, a doña Carmen, y a Pepito y a Rubín, que le acompañaran hasta la cancela del jardín. En cuyas jambas, ya cerca del dintel, con pintura negra y trazo gordo, había escrito: «San Quintín».

La idea fue adoptada por Galdós. Y ya desde entonces. «San Quintín» quedó establecida como un hito en la literatura española.

NARCISO OLLER Y GALDÓS

Aquel verano fue pródigo en quehaceres para don Benito. Escribió en efecto *La de San Quintín,* para María Guerrero y Emilio Mario, y *Torquemada en la cruz.* Y recibió la visita de Narciso Oller.

Oller llegó en el mes de junio, hospedándose en casa de Pereda, con quien hizo la visita a «San Quintín». Oller vino a la capital montañesa por una invitación especial del autor de *La Montálvez.* Celebróse en su honor una fiesta organizada por los de *Las Catacumbas* y en casa de Pereda, quien dio a conocer la *Carta de Patricio Rigüelta a Gildo el letrado, su hijo, de Coteruco.* Agasajaron los peredianos al representante de los escritores catalanes, con excursiones a Laredo, La Fuente del Francés (a la que asistió Galdós), a Liérganes, a Polanco, a Comillas, etc.

Pocos días después fallecía don Adolfo de la Fuente, y Pereda marcha, en el mes de agosto, a Reinosa, desde donde, acompañado por don Angel de los Ríos y por García Morante, recorrió el Paso de Sejos con el fin de tomar apuntes para *Peñas Arriba.*

Galdós permaneció todo el verano en su residencia. Uno de los motivos de la prolongación de su estancia fue asistir al estreno, en el Teatro Principal, de *La loca de la casa,* nuevo motivo para que sus amigos y partidarios le hiciesen objeto de homenaje, con suelta de palomas al final del segundo acto. Y cuando resonaban todavía los aplausos, Galdós renueva sus laureles ante los santanderinos con la representación de *Realidad* en el mismo teatro.

No sabemos si el señor H. Chonon Berkowitz conoció la descripción que de la flamante casa de Galdós hizo José María Quintanilla en las páginas de *El Atlántico,* al día siguiente del banquete del 9 de mar-

zo de 1893. El Sr. Berkowitz ha escrito [1] a este respecto, citando de pasada el artículo publicado por José de Cubas en *Blanco y Negro,* lo siguiente: «Se puede señalar una sola excepción: el estudio del catedrático norteamericano Jacob Warshaw *(The Casa Museo Galdós for Sale?).* Es esta la primera vez que se ha hecho una descripción de «San Quintín» sin exagerar la nota sentimental, ofreciendo a quien se interese una lista parcial de las obras literarias que contiene la finca galdosiana...» Sin embargo, el relato de *Pedro Sánchez,* muy objetivo, tiene el interés de haber sido el primero [2].

GALDÓS Y LA CONDESA DE PARDO
BAZÁN. RENÉ BAZIN.

Hallábase don Benito, en el mes de junio de 1894, (había llegado, embarcado desde Gijón, donde asistió al estreno de *La loca de la casa)* escribiendo *Torquemada en el Purgatorio,* cuando recibió la visita de doña Emilia Pardo Bazán, la que de este modo satisfacía su curiosidad por conocer el refugio del novelista. La condesa vino a Santander procedente de Ontaneda, en cuyo balneario, con su hija, había hecho su temporada de aguas. Salieron a recibirla Pérez Galdós, Augusto G. de Linares, Enrique Menéndez Pelayo, José Ferrer y Enrique G. Cueto (padre de la futura María Blanchard, la gran pintora). Fue el día 30 de junio. Doña Emilia visitó al día siguiente, después de oir misa en el Cristo, «lo poco que la ciudad encierra» y «el palaciete» galdosiano, así como la Estación de Biología Marina y el Sardinero.

De esta breve estancia en Santander, doña Emilia escribiría una serie de artículos en *La Epoca,* de donde los reprodujo *El Atlántico,* titulados: *Ontaneda, El solar de Quevedo, el Palacio de Soñanes, Santander, Santillana, Comillas y las Cuevas de Altamira.*

Son particulrmente curiosas las impresiones de la condesa sobre el «palaciete» y la visita al Guantero de la calle de la Blanca: «Se alza (el primero) en la Magdalena, a corta distancia del Sardinero.

(1) H. Chonon Berkowitz, *La Biblioteca de Pérez Galdós,* B.B.M.P. 1932 abril junio, n.º 2.

(2) Véase en los apéndices 2 y 3 los artículos de *Pedro Sánchez* y José de Cubas.

Sobre la puerta de entrada hay un azulejo que dice en letras góticas: San Quintín... El estudio de Galdós... es un gracioso revoltijo de cacharros, dibujos, fotografías, platos, bocetos, armas, cuadros, curiosidades, muebles originales, telas bordadas; en suma, todo lo que alegra y divierte la vista... La afición a la humilde realidad que distingue a Galdós se reconoce en haber dedicado el pedacillo de tierra que posee al cultivo de legumbres y hortalizas. Sobre un plantel de guisantes, se columpiaban, sujetos a delgadas varillas, infinidad de papeles, que sin duda tenían el ambicioso propósito de espantar a los gorriones. Al ver que los papeles eran manuscritos, pregunté con curiosidad. —Las cuartillas de *La loca de la casa,* respondió Galdós».

En cuanto a don Juan Alonso, el Guantero, escribía: «Antes de visitarla (la catedral) habíamos comprado guantes y no sé qué otras menudencias en la famosa guantería, trabando conocimiento con el venerable guantero, inmortalizado y tal vez arruinado por las Letras. Es el guantero un viejecito que en vez del aspecto adamado y de charla melíflua que parecen accesorios obligados en el ramo de perfumería, ofrece el tipo clásico del lobo marino, honrado y rudo; de esos pilotos y capitanes que han cruzado el Atlántico centenares de veces. El guantero, en lugar de leer a Pereda, lee a pasto el *Boletín eclesiástico* de la diócesis y así que lo acaba lo vuelve a empezar. La tienda es como un pañuelo y sin embargo allí funciona el círculo charlamentario y el mentidero de Santander. ¿Dónde se colocan los tertulianos? No es fácil inferirlo. ¿Qué comprador de buena fe penetrará allí, rompiendo una valla de ociosos, vagos y parlanchines? Los tertulianos de don Juan Alonso no cumplen con menos que con señalarle una pensión».

Como se ve, no perdía ocasión la condesa de ironizar a cuenta de Pereda y su trinca literaria y pejina. Pereda se hallaba en Polanco «huyendo de los insoportables tipos trashumantes del veraneo santanderino» y dedicado a escribir *Peñas Arriba.* No obstante, es muy posible que de hallarse en Santander no figurase en el grupo de quienes acogieron a la condesa: duraban todavía los resquemores de la trifulca literaria rozando con lo personal, de no muy lejanas polémicas.

En el mes de setiembre del mismo año, llega a Santander René Bazin para saludar a Galdós y a Pereda. *El Atlántico* comenzó, en el mes de marzo del año siguiente, a reproducir los artículos del escritor

francés publicados en la *Revue de deux Mondes* bajo el título genérico de *Terre d'Espagne* [1].

Bazin hace el retrato de Galdós como el de «un hombre de 50 años, de grave fisonomía, un poco fría, de bigotes grisáceos y grandes, cortos cabellos, a quien se tomaría en una calle de Francia por un oficial de caballería de paisano. Ha venido a Francia con frecuencia; ha viajado; hace demasiado frecuentes apariciones en Madrid. Su patria no es Santander; ha nacido en Canarias. Aunque está apegado a su tierra de adopción, cuya belleza le ha seducido, no está unido con el yugo poderoso de la tierra, al punto de haber dado por escenario la mayor parte de sus novelas, a esta tierra de Santander (?)...»

Es particularmente interesante la opinión que de Pereda da Galdós a Bazin.

En el otoño de 1894, Galdós pasó por el trance doloroso de ver fallecer a su cuñada doña Magdalena Hurtado de Mendoza, esposa de su hermano mayor, en «San Quintín».

«SAN QUINTÍN» Y LA OBRA GALDOSIANA

Si hasta entonces Galdós había dado pruebas de ser un trabajador infatigable, pareció como si en «San Quintín» hubiera hallado los alicientes precisos para redoblar su laboriosidad, si bien es cierto que el escritor se hallaba en plena madurez intelectual, y su imaginación se proyectaba hacia temas y problemas literarios, políticos y sociales, con un denominador común siempre presente en esta nueva etapa.

El señor Casalduero, al reducir a esquema la obra total galdosiana, propone cuatro períodos. Al histórico y abstracto (1867-1879), siguió el naturalista (con el subperíodo del conflicto entre la materia y el espíritu, de 1891 a 1892). A partir de aquí, comienza el período espiritualista (con el subperíodo de la libertad) y el mitológico (subperíodo extratemporal), en el que le sorprende la muerte en 1920[2]

Don Benito contaba cuarenta y nueve años en 1892, es decir, era la época de su plenitud creadora. Los veranos santanderinos conocen

(1) Ob. cita. 1895. T. CXXIII.

(2) V. J. Casalduero. *Vida y Obra de Galdós.*

jornadas de intensísima producción. De las nueve novelas producidas entre 1894 y 1905, seis están escritas y firmadas en Santander. De los diez *Episodios* de la tercera serie, siete tienen la fecha en «San Quintín»; e igualmente, tres de la cuarta serie y dos de la quinta y última.

En cuanto a los dramas y comedias, en su gran mayoría fueron estrenados en Madrid durante la época invernal, y no es aventurado suponer que fueron escritos durante el verano. Esta suposición está abonada al hacer el cómputo cronológico de su restante producción. Tenemos seguridad por las noticias publicadas, de que tanto *La de San Quintín*, como *Doña Perfecta*, *Electra* y *El Abuelo*, fueron, en efecto, labor estival.

Para precisar aún más estas noticias, ofrecemos a continuación el cuadro de títulos firmados en «San Quintín» desde la inauguración del chalet hasta el último verano que don Benito vivió frente a la bahía santanderina; es decir, cuando, ya sin vista, dictaba sus libros.

Torquemada en el Purgatorio, en junio de 1894 (el mismo mes, como va dicho, de la visita de la condesa de Pardo Bazán).

Al año siguiente anticipa su estancia: en el mes de mayo, «ansioso de olvidar y de que le olvidaran un poco», escribe *Nazarín* y enseguida comienza y termina *Halma*, en el mes de octubre.

De 1896 no tenemos precisiones absolutas; es cuando, en el mes de enero, estrena la escenificación de *Doña Perfecta*.

El verano de 1897, lo dedica a escribir *El Abuelo*. Durante la primavera hace el viaje por Navarra y las Vascongadas en busca de apuntes para la tercera serie de los *Episodios*. Galdós se había propuesto continuar sus novelas históricas, abandonadas hacía veinte años. «Encerrándose en su casa —escribe Sáinz de Robles— unos meses, en menos de dos años podría escribir unos veinte volúmenes. Sí; la salvación de su naciente editorial estaba en llevar a la práctica aquella idea, surgida por el escotillón de las ideas geniales». «En sus andanzas por el Norte, le sorprendió la noticia del asesinato de Cánovas». «Se encierra a piedra y lodo en su casa de Madrid...», donde escribe *Zumalacárregui* (abril y mayo de 1898) y marcha a Santander en la que permanece diez y siete meses seguidos, con alguna ligera escapada a la capital de España.

A la atención y solicitud de mi amigo, don Fernando Barreda, debo la precisión de un detalle siempre interesante, demostra-

tivo de la disposición en que los santanderinos se encontraban para ser útiles a don Benito, colaborando con entusiasmo en la aportación de cuantos datos precisase, y ellos conociesen, para algunas de sus obras. Así sucedió cuando Galdós se dispuso, en la primavera de 1897, a preparar los materiales para la mencionada tercera serie de los *Episodios;* para el *De Oñate a la Granja* más exactamente. Voy a transcribir a continuación, la nota que el Sr. Barreda ha tenido la gentileza de procurarme:

«Mi buen amigo don Luis de Escalante recientemente fallecido, me refirió en distintas ocasiones que él y sus primos Gonzalo y José María Aguirre y Escalante habían proporcionado en Santander referencias y croquis de la villa de Oñate a D. Benito Pérez Galdós, cuando preparaba éste el tomo *De Oñate a la Granja.*

En la revista *Oñate* (1954-1955, número 4), se inserta un artículo en la página 57 a 60, de don Ignacio Zumalde y que lleva por título *Benito Pérez Galdós y Oñate,* en el cual se dice que, según Baroja, el que dio los datos de la villa «no fue otro que el Secretario del Ayuntamiento, siendo admitida por todos esta opinión hasta que hace cosa de un par de meses —escribe el señor Zumalde— charlando con mi amigo el señor Urreiztieta sobre el proyecto que albergaba de escribir el presente artículo, y las conclusiones a las que había llegado, me suministró lo que tan ansiosa e infructuosamente había buscado. Recordaba que en su juventud, cuando cursaba derecho en la Universidad de Oñate, por 1897, circuló la noticia de la próxima llegada de Galdós para documentarse sobre una de las novelas que proyectaba. La nueva originó entre los estudiantes gran espectación. Galdós era el autor de moda, el ídolo de los jóvenes de tendencias progresivas, y proyectaron organizar un recibimiento espectacular. El gozo de la grey estudiantil se esfumó en infructuosa, pues el novelista no apareció. Galdós, veraneaba por aquellos años en la finca de «San Quintín», en Santander ,y tenía relaciones con la familia de tres estudiantes que cursaban en nuestra Universidad: los hermanos José María y Gonzálo Aguirre y Escalante, y su primo Luis Escalante de la Colina, los cuales, por encargo suyo, le proporcionaron planos, croquis y una descripción detallada de lo más notable de Oñate».

«La Universidad de Oñate —dice, por remate de su nota el señor Barreda— tuvo algunos destacados montañeses como Rectores de

la misma en distintas centurias, recibió en sus aulas a varios santanderinos, hasta el momento en que fue suprimida, contándose entre los que aun viven en nuestra ciudad, a don Alberto López Dóriga y don Marcelino Obregón del Castillo».

Salen de su telar, en esta larga estancia, *Mendizábal* (agosto- setiembre) y *De Oñate a la Granja* (octubre-noviembre) de 1898; *Luchana* (enero-febrero), *La campaña del Maestrazgo* (abril-mayo), *La estafeta romántica* (julio-agosto), y *Vergara* (octubre-noviembre) de 1899. Puede advertirse que no hubo apenas pausas en su producción, continuada en Madrid sin interrupción con dos nuevos volúmenes, y terminada en Santander en el otoño de 1900 con *Bodas reales*.

1901 es un año en blanco en cuanto a noticias de Galdós en «San Quintín». Es el año del estreno de *Electra*, del éxito de escándalo con una larga secuela de repercusiones de la política anticlerical en toda España. En Santander los efectos fueron también de manifestaciones públicas con algaradas atizadas por el sectarismo republicano. Galdós, «un poco asustado y un poco emocionado», dejó transcurrir ese año sin producir nada, hasta la primavera de 1902 en que comienza en Madrid la cuarta serie de los *Episodios* y termina el drama *Alma y vida*, estrenado en abril.

Sobre el proceso de algunos aspectos de este drama existe una noticia curiosa, reveladora de que Galdós no perdía el contacto con sus amigos santanderinos, y de manera especial con Estrañi. De sus antiguas relaciones con Pereda, digámoslo de paso, apenas si hay noticia. Es muy posible que por la cada vez más acentuada posición política y anticlerical de Galdós, el novelista montañés y su grupo distanciasen los contactos personales. La noticia a que hacemos referencia la hallamos en el artículo necrológico que bajo el título *Galdós y Estrañi* publicó José Montero en el número del día 10 de enero de 1920 en *El Cantábrico*. Según el notable periodista y poeta, cuando don Benito escribía *Alma y vida*, y «para vencer algunos escollos y dificultades de la Pastoral del segundo acto, en el jardín del palacio de Ruydíaz, adornado de bojes y cipreses, de arbustos y enredaderas, el insigne maestro recurría a la amistad de Estrañi. El mismo lo declara en el prólogo que puso a la edición del drama, a raíz del estreno. A don Benito le parecieron vulgares y pedestres los modelos de pastorelas que a la vista tuvo, y entre las cuales había alguna de Metastasio y otra de Gess-

ner traducida por D. Ramón de la Cruz. Rechazadas todas, buscó nuevo modelo de inspiración y cuna española y pidió ayuda al numen de Calderón y de Lope. Estrañi le escribió luego las cuartillas de Alcina, mientras el propio Galdós componía los versos que había de decir Liriope, después de unos hábiles retoques del pacotillero santanderino».

En la primavera de 1902, acomete la cuarta serie de los *Episodios,* y en los meses de julio y agosto escribe *Narváaez,* en Santander. Terminado este libro hizo su viaje a París, donde se entrevistó con doña Isabel II en el palacio de Castilla.

De esta cuarta serie, los volúmenes *La revolución de julio,* comenzada en setiembre, en Santander, y terminada en Madrid en marzo de 1904, y *Prim,* iniciada en Santander en el mes de julio de 1906 y terminada en octubre, en la Corte. Entre estos *Episodios,* escribió la novela *Casandra,* firmada en «San Quintín», los meses de julio y setiembre de 1905.

Son años de escasa producción galdosiana, apenas si un libro por año. Culpa el señor Sáinz de Robles esta desgana a los conflictos de carácter político que le plantearon sus amigos al convertirle en una especie de santón, traído y llevado y sentado con frecuencia a la mesa presidencial de todos los mítines. Y a su acta de diputado en Cortes. Así, en estas andanzas dejó transcurrir varios años, durante los cuales, solamente una novela. *El caballero encantado,* es escrita en Santander (julio y diciembre de 1909).

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Comienzan los años tristes de don Benito. Poco a poco va declinando su fortaleza física y también su ímpetu creador. Viene a Santander los veranos, pero escribe poco. De la quinta serie de los *Episodios,* allí escribe dos: *De Cartago a Sagunto* (verano de 1911) y *Cánovas,* comenzado en Madrid y terminado en la Magdalena, en agosto de 1912.

En «San Quintín» ya no le hacen tertulia más que un corto número de fieles. «Habían llegado los días tristes de su vejez —escribió José Montero— cuando el glorioso mantenedor de la novela había de padecer amargas horas de desilusión». «A San Quintín llegaban siempre por

las tardes unos cuantos amigos, muy pocos, para formar una pequeña tertulia. Estrañi no faltaba nunca. El círculo se reducía cada vez más; pero Estrañi allí estaba. Hasta que una tarde, Galdós el excelso, padre y creador de todo un mundo de pasión y de fantasía, contempló solo desde la terraza de su huerto, la inmensa bahía santanderina, quieta y bruñida como un lago. Estrañi no faltó, llegando su lealtad hasta los últimos días Aquellas entrevistas tenían la misma melancolía del atardecer; estaban empapadas de recuerdos y de emoción. Larga y bien probada fidelidad la del poeta jaranero, que el épico cantor de la raza ha pagado siguiéndole en su viaje a las eternas sombras...»

En efecto, Estrañi había fallecido unos días antes de extinguirse el autor de *Marianela.*

Estrañi, de quien don Benito «celebraba con frecuencia las gracias y donosuras» porque «sabía que bajo aquella corteza de escritor cómico y jaranero, constante flagelador de la farsa humana, corría la veta de un inspirado y tierno poeta» 1; Estrañi, repetimos, escribió el libreto de una ópera (que no llegó a ver la luz de las candilejas) inspirado en *Doña Perfecta.* El autor de la música fue el maestro Moreno Carrillo, a la sazón (era el año 1900) director de la Banda de música del municipio santanderino.

JOSÉ SIMÓN CABARGA.

APENDICE 1.º

(Discursos de Pereda y de Galdós en el banquete-homenaje ofrecido por sus amigos de Santander en 1893).

VA DE CUENTO

Erase un lugarejo (lindante, por más señas, con el mío) de reducidos términos y hacienda escasa; pero rico en galas y ornamentos de la Naturaleza, finos prados, selvas umbrías, montes adruptos, rumor de oleajes, auras marinas... lugar costeño, en fin, de la Montaña, y ya está dicho todo.

(1) José Montero, art. cit.

Habitábanle pobres labriegos, tan pobres que a duras penas sacaban de los senos de la madre tierra, dándoles muchas vueltas cada uno, el necesario jugo para nutrir mal y vestir a medias el cuerpo encanijado. En cambio, gozaban fama muy bien adquirida de ser la gente más lista de toda la comarca. Sabían algo de letras de molde y se perecían por estar al tanto de las cosas y sucesos del mundo.

Erase, al mismo tiempo, un señorón de la Corte que había dado en la gracia de visitar a menudo aquel lugar, tentado de la codicia de sus bellezas naturales. El tal señorón no lo parecía por la sencillez de su porte ni por la llaneza patriarcal de sus costumbres. Súpose al cabo allí, que no era «sujeto de los de tres al cuarto», por la fama vocinglera que ya lo tenía bien pregonado por esos mundos de Dios, y fue la noticia motivo de gran asombro para aquellos aldeanos, no sólo por lo que les descubría de repente, sino porque no acertaban a explicarse cómo un hombre de tan erguido copete y de tan grande poder, se daba por contento allí con trepar a las montañas, pintar en unas tablucas caseríos y peñascos, coger en el arenal caracoles y *concharras,* y con verlo y observarlo todo, grande y chico... y desde lejos, para no molestar a nadie, sin pedirles jamás nada, ni siquiera el voto a favor de un candidato para alcalde del lugar, ni una parcela de lo baldío, para anzuelo de otras muchas que iría pescando, poco a poco, hasta alzarse «en un día» con todo el territorio comunal. Al contrario, era muy pródigo de lo suyo, particularmente con los muy necesitados de ello; y su corazón y las puertas de su casa estaban siempre abiertos a las ajenas pesadumbres y necesidades. Como por estas solas prendas ya se le tenía allí en cordial y grande estima, al catarle señorón pudiente y de relumbre, el simple cariño rayó en admiración. Un viejo sentencioso dijo un día ante un corrillo dominguero en que se trataba del asunto:

—Vos digo que el sujeto ese tiene los mengues en el pellejo y vale, por saber y por entraña, más que todo el oro que pesa.

Y se convino en ello sin una sola discrepancia.

En esto, el señorón que no lo parecía, compró un terreno en las praderas más elevadas de la costa y labró una casa en él.

—Mucho te van a soplar ahí los vendavales —dijo el pardillo sentencioso— y no te alabo el gusto por eso; pero en siendo el tuyo, como lo es, Dios te lo prospere con vida y salu pa una eternidá.

Andando asi las cosas, volvióse a la Corte como solía hacerlo de vez en cuando, el pudiente señorón; y volviéndose a la Corte hizo allí

una de las suyas, pero de las más sonadas; tanto que al día subsiguiente ya había llegado el ruido hasta las cocinas de aquella aldea.

—Bien está eso —dijo un pardillo a otro que con él departía sobre el caso—, y visto es ya que si el sujeto ese pone empeño en sacar oro molido de los pedregales de la costa, oro molido sacará. Decís vosotros que tien los mengues en el pellejo. Pus yo vos digo que es el mismo Pateta en cuerpo y alma; y vos digo más, si a mano viene; vos digo que siendo lo que es y valiendo lo que él vale, no basta con sentirlo y conocerlo, como lo conocemos y sentimos nosotros, si nos lo callamos allá dentro, como nos lo hemos callado hasta aquí; la cortesía pide más al respetive; al cabo y a la postre, el sujeto es ya de casa y como el otro que dijo, pertenencia de uno, y tuya y mía.

—¿A que distes en el mesmo clavo en que yo de no hace muchas horas? —respondió el oyente.

—No te diré que no —respondió el primer habitante— ¿Y qué clavo es ese?

—Pues el mesmo en que tamién han dado ya muchas gentes del lugar.

—Estipúlalo más claro y de una vez.

—Lo estipulo y digo: que cuando llegue el caso de tener a tiro a ese sujeto, se corresponda con él, si no al respetive de lo que es y de lo que se merece, tan siquiera de lo que nosotros semos y podemos; pos, como tú dices, de palabra callá y de obra oculta, sólo Dios se entera; y el hombre que tiene un sentir honrao debe decirlo, porque si no lo dice es como si no lo tuviera. Y por lo que toca a ese pudiente, ya es hora de que nos conozca los sentires, pa que vea que no vive aquí en tierra de desagradecidos ni de melenos.

—Esa es otra, y a dar en ella tiraba yo cuando te dije lo que te dije. Conque entendidos y no hay más que hablar por la presente.

De esta conversación nació una concejada que tuvo que ver. No faltó en ella un solo vecino. Puesto el punto en tela de juicio y acordado, de golpe y sin más disputa, que cada cual de los congregados acudiera «en su día» a casa del señorón para rendirle homenaje, llegóse a tratar del cómo; y dijo un concurrente:

—Pos le llevaré, pinto el caso, dos aves de las mejores que tengo en el corral.

—Curriente —dijo el pardillo sentencioso que llevaba allí la direc-

ción del cotarro— pero ¿has de entregarlas en seco? ¿No has de acompañar la fineza con una mala palabra?

—Justo que sí —respondió el de las aves—, y ya estaba yo en la cuenta.

—Y contabas bien —repuso el otro—, pero ¿qué piensas decirle?

—Hombre —contestó el interpelao— lo que sea de razón y venga al *ite* de la cosa.

—Con verlo basta.

—Pos le diré, punto más, punto menos, que... por acá, que... por allá; que si eres esto; que si vales lo otro; que si bendita sea la luna en que nacistes y la hora en que avecindaste aquí... y... y...

—Pos mira, tendrá que oir todo ello como lo jiles bien. ¿Y tu? —añadió el pardillo, encarándose con otro concurrente.

—Pos yo —respondió el aludido, rascándose el cogote—, si no tengo aves para llevar a ese sujeto, algo de cuenta parecerá en casa, o en las aguas de la mar, con que pintarle la buena ley que le tengo; y al auto de la palabra, tampoco ha de faltarme en su hora y punto.

—Pon un *simen* de ello.

—Pos al *simen* de lo que acabas de oir al mi compadre, que... por arriba... que... por abajo; que lo que sabes, que lo que puedes, que lo que vales; que ni los mismos soles del día, ni los luceros de la noche que te se acomparen; y que bendita sea la hora...

—A otro —dijo el pardillo manducón, guiñándole un ojo al mismo tiempo.

Y el otro siguió contando la mismísima tonada que sus antecesores, como todos y cada uno de los que siguieron en la fila. Entonces dijo el pardillo sentencioso:

—Bien está el intento, y de agradecer será el bien sentir que a todos nos mueve; pero por lo que pueda valer quisiera decirvos que, como semos muchos, hay ringlera para una semana diciendo uno a uno; y va a resultar el cuento, pa el pudiente, el acabóse.

Túvose el reparo por muy cuerdo y se convino en que hicieran la visita todos juntos.

—Punto pior para el caballero —expuso un concurrente algo malicioso— si a cada osequio ha de acompañar una soflama del osequiante, y todas ellas entonás en una misma solfa, como aquí se ha visto; porque de este modo tendrá que envasarse de una alendá, lo que

del otro pudo ir sorbiendo poco a poco en una semana, y sin quebranto del cuerpo.

De este nuevo conflicto surgió otra idea; ir todos juntos, pero hablando uno sólo. Se acordó así y se acordó también, némine discrepante, encomendar la soflama a un arrumbado fiel de fechos, allí presente, que no había dicho una palabra hasta entonces, ni era muy socorrido de ella, que digamos; pero que, en cambio, era uno de los más viejos del concurso, de los que más admiraban al pudiente y el que más veces había conversado con él y mejor le conocía los gustos y el *genial*. Asustó al hombre la embajada; pero pensando que para las grandes ocasiones son los grandes sacrificios, y contando más con su entusiasmo que con sus fuerzas, aceptola sin chistar.

Pasaron días, volvió de la Corte el señorón pudiente, y cuando menos se lo esperaba, invadióle la casa el vecindario, con los trapitos de cristianar encima y el modesto agasajo bien escondido.

Adelantóse el fiel de fechos, carraspeando mucho y pisando mal, y encarándose con el señor pudiente, que allá se andaba con él en angustias y congojas —según rezaba su semblante—, quiso echar la soflama que había amañado con trabajos... y se le fue la idea; intentó buscarla por atajos y recodos más trillados y le faltó la palabra; y finalmente, empeñado en salir con una excusa del conflicto en que se veía, hasta le faltó la voz.

Entonces, por no tirarse por la ventana que veía enfrente, se arrojó al único asidero que tenía a sus alcances para salir vivo del atolladero, a su propio modo de ser, a la pata-la-llana, y a la buena de Dios; y comenzó así, braceando hacia los congregados con la vista fija tan pronto en los cestucos en que éstos llevaban las respectivas «finezas», como en la cara compasiva del pudiente festejado:

—Y por último, aquí están estos sujetos y aquí estoy yo; y ellos y yo y lo que ellos traen y lo que yo también traigo, estas pobrezas que están a la vista, y el corazón que, a poco que se arrepare también puede verse, aticuenta que en la palma de la mano; todo ello y cuanto somos y valemos y esperamos, es de la tu mercé; y con ello y con todo, aunque damos cuanto tenemos, no damos la metá de lo que tu mercé se merece. En esta cuenta, ordene y mande, y verá como no se queda más corta que las palabras la buena voluntá para servirle. Y con esto no canso más.

Dijo; y sin esperar la respuesta puso su cestuco en el suelo; imitáronle sus poderdantes y se fueron satisfechos del valor de sus ofrendas como de la soflama del arrumbado fiel de fechos, de quien se habían prometido cosa mejor.

Pues bien, mutatis mutandis, aquí se está dando un caso muy semejante al caso de la aldehuela de mi cuento; y por eso precisamente le he sacado a relucir. Tu, comensal perínclito, admirado compañero y amigo del alma; tu eres (y perdona el modo de señalar) el señorón pudiente y campechano; nosotros los congregados en tu derredor para festejarte sin *agredirte*, los pardillos de la aldehuela, hombres de índole sana y animosos, muchos de ellos un tanto dados al vicio de las Letras, y todos, en conjunto, admiradores fervientes de los grandes maestros como tú en el arte de cultivarlas; y yo, el arrumbado fiel de fechos que aceptó, en mal hora, el encargo de echarte la soflama y que al llegar al fiero instante de cumplir su cometido, siente, congojoso y trasudando, que le falta la palabra y se le cuaja la voz en el gaznate y nada sabe del paradero de sus ideas para decirte, siquiera, a lo que viene.

En tan negro trance, dejándome de retóricas inútiles y atento sólo al cumplimiento fiel del honroso mandato, llamo tu consideración con el respeto debido, no hacia los humildes cestucos de nuestras pobres ofrendas, sino al honrado sentimiento que palpita en nuestros corazones al presentártelas; a la buena amistad, a la admiración fervorosa y al cariñoso respeto que te consagramos.

Todo esto y otro tanto más, que se siente mejor que se explica, junto y en una pieza, sazonado al calor de nuestro regocijo, y entre fragantes hojas del laurel virgen de tan profuso crecer en el florido suelo de la Tierruca, que ha dilatado sus linderos al henchirse de noble vanidad desde que lo diputaste por tu segunda patria; todo esto, repito, te ofrecemos y te lo sirvo yo, con el alma y vida, como plato final de este agasajo cariñoso en la salsa de mi oficio.

DISCURSO DE GALDOS

Amigos, compañeros y convecinos:

Para corresponder a esta delicada muestra de amistad y de inmerecida consideración que recibo de vosotros, quisiera yo poseer medios de expresión que igualaran a mi gratitud. No siendo esto posible, vál-

game la sinceridad, mejor sentida que manifestada, del cariñoso afecto con que recibí vuestra invitación y del orgullo con que la acepto.

Grande es mi satisfacción, y bien lo saben cuantos me conocen, por haber hecho de este país mi segunda patria; y cada día me envanezco más de una resolución que me permite gozar de la hermosura de este suelo apacible y risueño, asi como del trato leal de sus nobles hijos.

Nacido en otros climas, mi destino quiere hacerme montañés de corazón. Diéronme carta de naturaleza veinte años de residencia accidental y por fin mi definitiva vecindad, que espero ha de continuar en lo que me queda de vida. Y no quiero dejar pasar ocasión tan del caso para repetir que libros y descripciones montañesas de cosas y personas, tentaron mi curiosidad y me arrastraron por fin a visitar y conocer este terruño, tan fecundado en galas de la Naturaleza, como en felices ingenios que son y serán siempre orgullo de la nación.

Concluyo manifestándoos que entre los muchos motivos de gratitud que en esta ocasión os debo, no es el menor el haber elegido, para interpretar los sentimientos de este generoso concurso, a un antiguo y querido compañero de fatigas literarias, maestro además con quien me une inalterable y acendrada amistad. El fue para mi revelador de la Montaña, sírvame también ahora para expresar mi profundo cariño a los montañeses.

APENDICE 2.º

LA CASA DE GALDOS

Este es el «palaciete» de que habla frecuentemente la señora Pardo Bazán. Ocupa, como todos saben —hasta los bañistas de Frómista que se apiñan en agosto en las casas de Miranda —el lugar del antiguo «polvorín», y llama la atención del paseante o con las figuras caprichosas de las agujas alzadas sobre el tejado o con los leones rampantes de los azulejos que brillan en la torre del Mediodía.

Al «topar» con él, camino del Sardinero, desafiando los vientos,

con un ojo a la bahía y el otro asestado sobre la mar libre, no hay un forastero o indígena que no se haya parado un cuarto de hora a contemplarlo, y enterado de que pertenece a Galdós, a uno de los pocos escritores españoles cuya pluma gana algo más que gloria, no ha habido quien no haya sentido curiosidad de invadir su morada, ansioso de penetrar los *secretos,* la vida íntima de un hombre tan famoso y tan «retraído».

La leyenda ha exagerado, no la modestia, la afición innata de don Benito a la soledad, a la calma y tranquilidad burguesas; y por eso no hay español que no crea que el insigne novelista es un misterio, una esfinge, un hombre raro que huye de las pompas y vanidades mundanas, del ruido social, y debe de tener muy buenas cosas «guardadas en casa».

Para nosotros, el chalet, casi dirigido por él, ajustado a planos trazados por su lápiz, significa casi tanto como un pedacito de su incomparable obra; nos recuerda al escritor, nos descubre al hombre, nos prueba toda su paciencia, su laboriosidad, su carácter bonachón y modesto... y ¡oh!, montañeses *montañesísimos:* vemos en él, por otra parte, más que una casa, mucho más que unas piedras; vemos hecho real, efectivo *amillarado* el título de ciudadanía moral que hace veinte años se ganó en Santander Galdós, y que él proclama con orgullo en el prólogo de *El sabor de la tierruca.*

Y cuando llegamos allá y él, abriendo la puerta de su nueva finca, nos invitó a pasar con la amabilidad que usa con todos, entramos de rondón, sin esperar el segundo ofrecimiento, más alegres que si penetráramos en el alcázar real por la puerta grande, apeteciendo ver dentro lo que ve o cuenta en los «interiores célebres» de Madrid ese que escribe en las «Fotografías íntimas» de *Blanco y Negro,* y compadeciéndonos de doña Emilia Pardo Bazán, que tiene tantas ganas de husmear en el «palaciete» y todavía no ha podido darse ese gusto...

Primeramente visitamos el repetido estudio, el despacho, el gabinete de trabajo del envidiable escritor, donde nació a la vida *La loca de la casa;* amplio salón extendido de Norte a Sur, al Oriente iluminado por dos grandes ventanales en los extremos y digno de salir fotografiado en la mejor ilustración como almacén y museo de innumerables preciosidades.

Hablar de todas ellas fuera muy largo. La lista y la descripción

llenarían una columna entera; allí hay de todo, para todos los gustos y aficiones, en el *bello desorden* de los «ateliers» parisienses, y con sólo verlo y admirarlo se comprende que el gran novelista sabe pintar además, y *borda*, y hace figuritas «a navaja», y dibuja como un arquitecto, y ha viajado por media Europa y entiende de toda clase de «trapos».

En el centro del estudio hay una chimenea, traída de no sé dónde, que parece una «monería»; sobre ella se destaca en la pared, dentro de un gran marco de peluche rojo, el monumental plato que la colonia canaria de Madrid regaló a su ilustre paisano en 1883; a la derecha se admira una hermosa cabeza de Emilio Sala, digna de su nombre; a su lado una artística biblioteca, tan caprichosa como útil, llama la atención con las labores de sus herrajes y el «Ave María» y los salmos epigrafiados en la madera; al frente, otro cuadro de Arredondo, una escena de Toledo, detiene al curioso y le pide un aplauso para el autor; más acá la mascarilla de Voltaire, medio escondida, parece hacer muecas a un retrato de Wagner, colgado a su izquierda; al frente, un trozo de madera que parece piedra, repite la leyenda grabada en Stradford sobre el sepulcro de Shakespeare; a una y otra mano, en todas las paredes, se repiten en grandes cuadros, los dibujos originales de los *Episodios Nacionales* ilustrados; en el muro occidental frente a la chimenea, corre otra biblioteca mayor que la primera, un mueble del mejor estilo, llena de libros buenos, con un nicho central que guarda, cerrados con llave, autógrafos del dueño y panojas de su tierra, mazorcas de todas castas que podrían figurar en los gabinetes de la Moncloa.

Más cuadros, más dibujos, más grabados lucen también en el salón; el retrato de Pereda campea en sitio principal; veinte o treinta carátulas de todas clases hay colgadas o sobre los muebles; por todas partes, aunque la habitación es grande, se tropieza con sillas, con divanes, con sillones de todas formas y materias, desde la mecedora de Viena hasta la butaca tapizada con tela de casulla; aquí hay que ver un entrepaño japonés; allí un tapiz español; sobre esta mesa un velón; sobre la otra, la plancha de plata con que obsequió al autor de *La loca de la casa* la compañía del teatro de la Comedia; dentro de aquella vitrina, la corona que le regaló Mario cuando el estreno de *Realidad;* en este rincón una porcelana preciosa, en el otro otra mejor; junto a aquélla, un barro o un bronce de mérito; aquí una lámpara, allí una

palmatoria, sobre un paño con los colores nacionales; más allá... ¡quién se acuerda!... leones, grifos, ánforas, vasos, azulejos, la *cacharrería* más variada y bonita que puede desearse.

Manoseando en una parte y en otra y metiendo los ojos por todas, ¡qué cosas se encuentran tan ricas, tan curiosas y tan *apetecibles!* Recuerdos de viaje, obsequios de la amistad, ofrenda de la admiración, presentes de la gratitud, hallazgos de coleccionista maniático y hermoso y entretenido desbarajuste. El retrato de Cánovas y el de Sagasta, se ofrecen en sitio preferente, con expresivas dedicatorias; el de los niños de Pereda acompaña al de otros niños y mujeres de la familia de Galdós, mostrándose al frente de los libros; el de Armando Palacio, el de Tolosa Latour, el de su señora «Lili», que fue tan admirada cuando sólo se llamaba Elisa Mendoza Tenorio, también ocupan lugares de preferencia con aquéllos y el del novelista catalán Narciso Oller. De acuarelas y marinas, una del ministro Maura y otra de nuestro paisano Camino.

Corriendo una puerta, después de volver al salón y bajar de la torre, nos internamos en un saloncillo que puede hacer oficio de sacristía de aquel templo; el reservado, como si dijéramos; un cuarto en que hay más libros, y más cacharros y más dibujos de Mélida, cuya fotografía, repetida en varias tarjetas, tiene más semejanza con el duque de Veragua que con su original. Aquel es el rincón al que lleva Galdós a sus amigos íntimos, en el que charla, donde sueña sus libros para escribirlos fuera, sobre la gran mesa de tijera que tiene en el despacho, al lado de la ventana, y en la cual mesa descansaban ayer —dato para la historia—, además del Diccionario y de la Gramática de la Academia, un drama de Ibsen, no recuerdo cuál, y *Socialismo contemporáneo,* de Lavelay. ¿Qué saldrá de la lectura del publicista belga?

Corriendo a otra puerta, o abriéndola, si no, se sale a la terraza que da ingreso al chalet por el Mediodía, y de ésta se baja a la huerta o al huerto que también visitamos, y para despedida, fijándonos hasta en las tarjetas que colgaban de los recién plantados arbolillos y nos decían su especie en latín y castellano. Con el tiempo todo aquello tendrá algo de jardín, pero mucho más de prosaica huerta, llena de patatas y fresas, que las aves del inmediato gallinero tratarán de picotear. Todo lo de Galdós lleva el sello de la personalidad literaria ¡Qué bien

sabe combinar lo útil con lo dulce, qué bien sabe descubrir sus rancias aficiones de burgués y qué perfectamente acierta a burlarse de los hechos como de los dichos de los patrones fijos y los eternos modelos! Otro escritor hubiera llenado aquel espacio de tierra de plantaciones líricas, y pase la frase si se comprende lo que quiero decir; él ¡bah!, mezcla las violetas con las patatas y prefiere la *Realidad,* lo positivo. La prosa de la vida.

Y sin embargo allá abajo, cerca del tranvía, frente al mástil que ayer engalanó en nuestro honor, según dijo, con las tres banderas que en el telégrafo marítimo corresponden a las tres iniciales, B. P. G., frente al mástil aquel que ha levantado allí, sólo quizás para saludar a los correos trasatlánticos que cruzan a su vista, un laurel, el poético árbol de la gloria, su símbolo, empieza a agarrarse a la tierra para elevar después su pompa, su verde corona, muchos metros encima de las patatas. El laurel vino de Polanco, es un obsequio de Pereda, es la ofrenda de su compadre, y allá dirá con las voces de los árboles quién y lo que vive en la casa». *(Pedro Sánchez, en el Atlántico, 9-III-1893).*

En días sucesivos, *El Atlántico* sostiene una polémica con *La Atalaya,* que había zaherido a los concurrentes al banquete. Puede verse la correspondencia de Pereda con Menéndez Pelayo a propósito de este banquete y de sus consecuencias.

APENDICE 3.º

EN CASA DE GALDÓS

La visita no es fácil para los madrileños. Hay que tomar el tren y llegar hasta Santander, embocar la carretera de la Magdalena, que corre por un terreno feraz sembrado de construcciones modernas, no lejos del mar, que rompe con estrépito sus crestas olas contra el acantilado, y llamar a la puerta de una altísima tapia, tras de la cual se tiende en cuadros el césped, y se alza un chalet de elegante y sencilla arquitectura, para estrechar la mano de Galdós, huésped como pocos cariñoso y como ninguno encariñado con su finca.

Pero una vez allí olvídanse, con lo llano y cortés del recibimiento, las fatigas del viaje, como las olvidamos nosotros cuando hace meses nos decidimos a saludar en su residencia de Santander, al autor ilustre de *Fortunata y Jacinta.*

Después de los saludos de rúbrica, nos invitó el maestro a visitar la casa, mostrándonos con amabilidad exquisita el interior del chalet, perfectamente repartido para los usos de la vida y severamente decorado.

El gabinete de trabajo es la pieza principal de la casa. Evoca su simple contemplación el recuerdo de tanta gloria, que no se sabe por dónde empezar la enumeración de su contenido. Muebles artísticos, tapices, porcelanas, pinturas de firmas preclaras, memorias de la amistad, del cariño, de la admiración, aparecen allí en entonado conjunto.

Libros numerosos y escogidos; fotografías por docenas, muchas de mujeres guapas; y no pocas de chiquillos, el mayor de una vara de alto. Sobre la chimenea, de mayólicas, el nielado plato que la colonia canaria de Madrid regaló al maestro cuando el banquete famoso. En la pared de enfrente la famosa credencia de Mélida, y en lo alto, junto al techo, una inscripción en inglés: es la que existe sobre la tumba de Shakespeare en Stradford. La mesa de trabajo, sencillísima y llena de papeles; a medio cortar, sobre ella, un tomo de dramas de Ibsen. En una de las puertas, revestida como las restantes por ancha franja de terciopelo granate, la célebre divisa «Tanto monta» de los Reyes Católicos; un piano a un costado y al Norte y al Mediodía, rajando la pared en casi toda su longitud, dos soberbias ventanas, por las cuales la luz se entromete descarada y prodigamente.

El despacho está en la planta baja. En ella están también el comedor de nogal y dos gabinetes amueblados a la usanza moderna. En el piso principal, los domitorios, y hay todavía un tercer piso, deshabitado de ordinario y desde el cual por dos claraboyas de cristal, la vista sorprende un paisaje vigoroso y caliente, ya por la parte de la carretera pasada la cual el Sardinero abre sus bocas, que el mar enjuaga forzadamente, ya por la vertiente opuesta, que bajando en rápido declive se precipita en la bahía que se dilata soberana y absorbente y se esfuma en en una lejanía gris y melancólica.

Terminada la visita del interior del chalet, salimos al diminuto jardín que le circuye, y allí, don Benito, como sus íntimos le llaman,

paseando una orgullosa mirada sobre las flores que por todas partes se aparecían, y contestando a una pregunta nuestra, nos dijo:

—¿Preguntaba usted por mi última obra? Aquí la tiene usted; estas flores recién abiertas, aquella huerta que está a la espalda de la casa.

Y con verdadero amor de creador nos fue enseñando su huerta y haciéndonos la historia de sus moradores.

Galdós habla poco. No sabemos si es, en estos voluntariosos silencios, cuando efectúa esa maravillosa labor de observación que luego aparece en sus obras, o si es que le cansa sostener una conversación; pero ello es que al que no conoce la bondad de su carácter, le impresiona vivamente esta frialdad.

De lo que menos habla es de sus obras. Y es que la característica de Galdós es la modestia. Todos los que le han tratado asi lo reconocen. Si no fuera tan sincera, parecería una burla la indiferencia con que se refiere a su gloriosa producción literaria.

Tiene un gran amigo: Pereda, y una gran admiración: Shakespeare. Interésanle vivamente los viajes y él mismo ha viajado mucho. Acaso publique en un tomo sus impresiones acerca de los países que ha recorrido.

Trabaja en la fecha de nuestra visita, que era en el pasado mayo, en *Torquemada en la cruz,* su última novela recientemente publicada, y en *La de San Quintín,* que se estrenará esta noche en el Teatro de la Comedia.

Su laboriosidad es extraordinaria. Madruga mucho y se acuesta muy temprano. Mientras escribe, y en esto coincide con mucha gente, fuma como una máquina. Corrige de primera intención y lima poquísimo. Las críticas de sus obras hechas por amigos y adversarios, encuéntranle siempre frío.

Tiene una completa anestesia de amor propio, de ese amor propio verdadero talón de Aquiles de cuantos escriben en letras de molde, y una voluntad mansa, según frase exactísima de un crítico, que le han permitido dar cima, serena e imperturbablemente a cuantas empresas literarias ha acometido.

Tal se nos apareció en su simpática y alegre residencia de Santander el autor de los *Episodios Nacionales* y de las novelas españolas contemporáneas. *(José de Cubas,* en *Blanco y Negro,* I-1894).